

Arte y Cultura

Carrusel del Tiempo.-

Don Francisco Antonio Encina

En el caso especialísimo del título para don Francisco Antonio Encina no busqué, como suelo hacerlo, adjetivos, porque basta el sustantivo gigantesco de su nombre. Si bien autor de varias obras, al ser nombrado, uno evoca de inmediato su "Historia de Chile". Ocurre, porque al leerla, cuantos vivieron el asombro y la amenidad de sus páginas justificaron una dimensión distinta a la bebida en las aulas y en los textos. A veces, algún entronque leve con la sapiencia de don José Toribio Medina, aunque liberado en la propia y casi exclusiva estilística de nuestro autor.

Se cumple por estos días, el 23 de agosto, un cuarto de siglo de la muerte de este hombre de gran carácter y capacidad creativa, con mucho de genial, estudioso hasta la erudición, quien vivió 91 años y murió en plena lucidez. De paso sea dicho, recojamos la válida sentencia, sin erudición no hay historia, que le pertenece y que tomó, sin duda, como baluarte de su frondoso trabajo.

Don Francisco Antonio Encina nació en Talca el 10 de septiembre de 1874. Su padre fue don Pacífico Encina Romero y su madre doña Justina Armanet. Del progenitor heredó la pasión por el género que iba a consagrarlo. Dominó, se asevera, muy a fondo, la relación de los acontecimientos que constituyeron la historia europea. Por su madre le vino el primer preceptor, en la persona de su tío materno don Adolfo Armanet, rector y profesor de Filosofía en el liceo de su ciudad natal.

Don Pancho, como lo llamaron sus amigos y seguidores, era un niño travieso, imaginativo y muy rebelde. Temprano comprendió que uno de los tesoros al alcance del hombre es la lectura. Se dio a devorar libros, al comienzo sin tasa ni medida, luego con una capacidad selectiva nacida de su natural intuición. En los tiernos años, su profesor del ramo en que iba a descollar como autor notable, se molestó, en grado de reportarlo, porque en lugar de utilizar los textos de estudio leía incluso en la Biblia los episodios de la materia. Esto lo hacía sorprender en los exámenes porque sobrepasaba los conocimientos que estaban al alcance del resto de la clase. Su tío Adolfo, al que hemos mencionado, lo guió en el encuentro de creadores filosóficos. Su profesor de Historia, don Eleodoro Vergara Ruiz, puso a su alcance a Cantú, Mommsen, Michelet y otros maestros. Heródoto, Plinio, Homero, Plutarco, Shakespeare, Racine y Pascal, figuraron en su repertorio precoz, según anota quien fue su colaborador y amigo, Leopoldo Castedo, a quien él sugirió escribir el Resumen de su "Historia de Chile".

En 1896 se tituló de abogado, pero la carrera, que ejerció brevemente, terminó al dedicarse a la hacienda. Estaba atraído por el quehacer

campesino. Le daba, al término del día, en la quieta soledad, oportunidad para investigar y tomar notas, dedicado de lleno a lo que se había constituido en su pasión: estudiar y descubrir matices, para otros impensados, acerca de los acontecimientos que forman el horizonte insondable de la historia universal. Y no se crea que sólo le interesaba ese enorme discurrir, sino también la poesía y literatura; por cierto, la filosofía que iba a tornarlo algo decaído y escéptico, aunque respetuoso de los sentimientos y creencias de los demás. Se advierte, largamente, a través de las páginas de su tumultuosa e indomable pluma, capaz de contar la vida en estilo veloz, diferente, exacto y, a la vez, con admirable osadía.

Viajero del mundo, observador infatigable, llegó al Parlamento donde se convenció que su vocación estaba definida. Sus dos primeros libros "La educación económica y el liceo" (1912) y "Nuestra inferioridad económica", del mismo año, están vigentes todavía, porque como lo señaló en un prólogo Eduardo Moore, tienen el vigor de un Toynbee cuando analiza y discurre para sacar conclusiones. Descifrando cartas, hurgando papelotes, engullendo, por así decirlo, obras para otros desconocidas, fue consumando su calidad de sabio sereno y altruista. Porque el resultado de su obra ha sido un regalo para las generaciones de ayer, de hoy y de mañana. "La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia" (1935) es otro aporte que, junto con causar estupor, le prodigó lectores en sucesivas ediciones.

Cuando publicó su "Historia de Chile" (1940-1952), provocó una verdadera revolución y entusiasmo. Era un decir nuevo, diferente a los conocidos, una concepción directa y poderosa como la gran ola marina que nos cubre y conmueve. Esos veinte gruesos volúmenes que acumularon cuanto hay que saber y como debe saberse, realmente monumentales, sacudió a cultos y no leídos, porque se transformaron en uno de los acontecimientos literarios imborrables. ¿Qué de extraño tiene que las ediciones lanzadas por don Carlos Nacimiento, a todo correr de su imprenta, fueran arrebatados en suceso que no tiene ni ha tenido parangón?

En 1955 se le otorgó, merecidamente, el Premio Nacional de Literatura. "Llegará un día —vaticinó el ya citado Eduardo Moore—, en que el esfuerzo gigantesco y genialmente logrado por don Francisco Encina por darnos una visión completa en extensión y profundidad de nuestra historia nacional, sea comentado y aprovechado por hombres de las más opuestas ubicaciones políticas y sociales".

De la obra del maestro hay que consignar, además, "La presidencia de Balmaceda" (1952), desglosada de su Historia de Chile. "La cuestión de límites entre Chile y Argentina" (1959) y "Bolívar y la independencia de la América española", en ocho tomos.

De sus páginas —recogida por Hernán del Solar— tomamos esta advertencia notable: "Un historiador mal dotado de imaginación histórica sólo percibirá el pasado como una mancha borrosa".

Su vida, ejemplar, es como toda su obra, una lección cabal de sabiduría.

Oscar Guzmán Silva